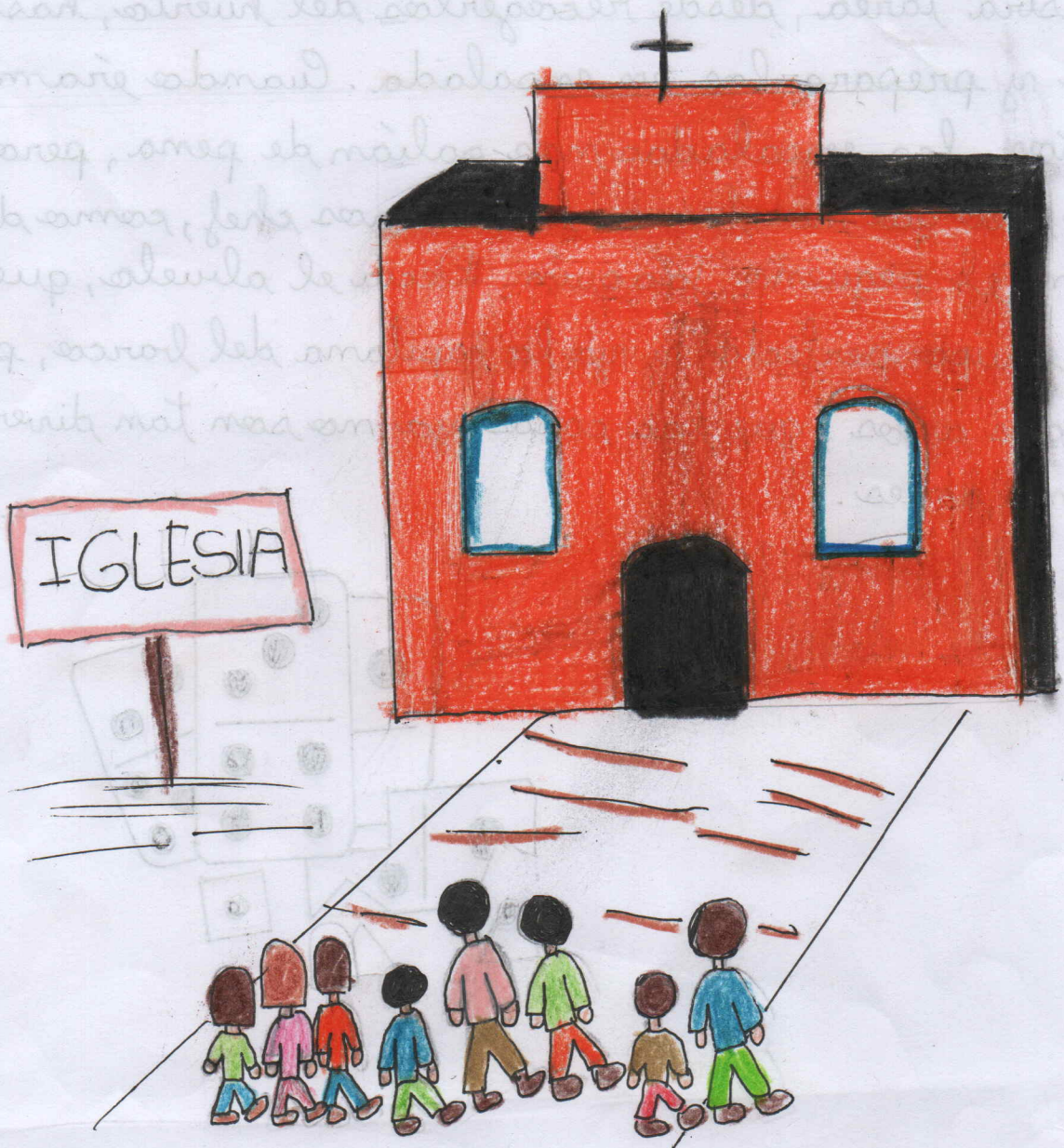
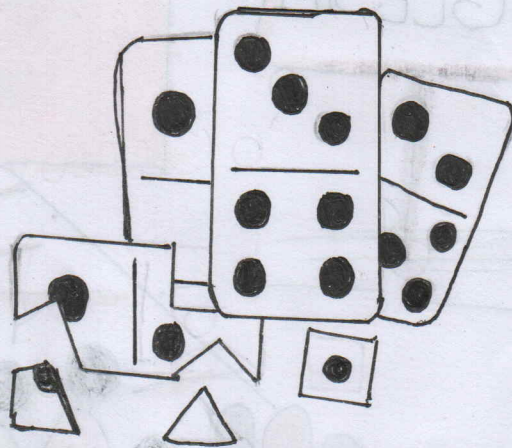


# Historias Olvidadas

Cada fin de semana, se había hecho habitual, ir de visita a casa de los abuelos. Desde muy pequeños, con mis hermanos, disfrutábamos la barbacoa, la paella o la tortilla de patata que la abuela preparaba para la comida del domingo. Era un día muy especial para la familia. Primero, íbamos a misa, mis abuelos decían que recibir a Jesús era importante para nuestro espíritu.



Los pequeños corríamos por el huerto, mientras los deliciosos olores, que venían de la cocina, alborotaban nuestro estómago. Era especial jugar con mi abuelo al pilla pilla, o jugar dominó, porque siempre le ganaba, o a veces creo que se dejaba ganar, nunca lo sabré. Al abuelo le gustaban los insectos, al igual que mis hermanos. Siempre salíamos como exploradores, con el atuendo respectivo, lupa en mano nos arrodillábamos en el césped, y siempre a mi me tocaba los bichos más feos. Los tomates, lechugas, repollos, acelgas y zanahorias eran nuestra tarea, desde recogerlos del huerto, hasta lavarlos y prepararlos en ensalada. Cuando éramos más niños, las ensaladas nos salían de pena, pero ahora, yo creo que nos hemos hecho unos chef, como dice Joaquín, el pequeño Joaquín. Decía el abuelo, que éramos el equipo perfecto, y yo la capitana del barco, pero hace dos años, que las cosas ya no son tan divertidas como antes.





Las comidas de los domingos ya no eran siempre en la casa de los abuelos. A veces vamos a misa todos juntos, pero a veces, vamos solo algunos, porque mis padres se turnan para ir a ver al abuelo, que casi siempre prefiere quedarse y estar tumbado en su camita. Mi hermano pequeño, que ya no es tan pequeño, en su inocencia aún intacta nos dice "Aha, ¡que guar, el abuelo vive de siesta!" "yo quisiera estar igual y no ir al cole". Mi madre ríe, pero luego calla. Su silencio lo dice todo. Se le ve triste, vive siempre de médicos, de anotaciones, leyendo blogs y viendo tutoriales de cómo ayudar a una persona con **ALZHEIMER**.

Como se me da bien la tecnología, con mis casi once años, busqué y averigüé que es el **ALZHEIMER**, y entendí que es lo que le pasa al abuelo. Se me hizo un nudo en la garganta, de pensar que podía olvidarme, olvidar nuestros juegos,

el domingo que le ganaba, los vegetales del huerto, olvidar nuestra historia.

Me propuse una tarea, al estilo de mi madre, aprendí del internet como ayudar al abuelo. Lo converse con mis hermanos, y les pedí ayuda. No sé si me entendieron, pero algo estaba claro, nuestro abuelo era nuestro amigo, y no quería- mos que nos olvide tan rápido. Pronto, le conté el plan a mis padres, era un plan muy sencilla, retornar nuestros domingos en casa de los abuelos. Mi madre lloró mucho, pensé que no le gustó mi plan, pero me alivió cuando me dijo que no era eso. Que se sentía orgullosa y que le emocionaba el plan.



Ese domingo, Felipe llevó un insecto a la cama del abuelo y le dijo: "Abuelo, toma la lupa y dime cuántas patas ves", el abuelo sonrió y le dijo: "Veo seis", Felipe emocionado gritó: "¡lo recuerda!"; "lo he conseguido", cogió con una mano al abuelo y con la otra a su saltamontes, le invitó a salir al huerto, y mi abuelo aceptó.

Mi padre, que es un manitas, le hizo barandillas por el huerto para que el abuelo no se cayese. Además, una mecedora en el patio para que el abuelo nos vea hacer lo que nos enseñó durante muchos años. Joaquín, que es tan pillín, cogía lechugas, se las acercaba a la cara y le decía: "Abuelo, huele", y mi abuelo muy obediente olía y sonreía.

No sé cuánto tiempo más mi abuelo sonreirá, ni sé si se seguirá acordando de las patas del saltamontes, que son seis, ni sé si se acuerde de mi nombre, soy Sofía, por cierto, ni sé si sabe que somos chefs, lo que sí sé es que yo lo recuerdo todos los días, y mis hermanos disfrutan de su compañía.

Así nuestra historia de cada domingo sigue y seguirá creciendo, aunque estas vayan formando parte de las historias olvidadas del abuelo.



Fin

Sofía A.